

Segunda jornada del XXVI Congreso de Católicos y Vida Pública.

Introducción de Francisco Serrano Oceja

Seré breve porque ustedes no han venido a escucharme a mí, sino a don José Ignacio Munilla. Cuando, hace unos días, le dije a un amigo que hoy tendría que presentar a un obispo, él me replicó: «¡Eso para ti no es problema! Pero ¿a qué obispo vas a presentar?». He ahí el problema, precisamente. Presento a un obispo al que, en palabras de mi amigo, «conoce todo el mundo». A su servicio en tres diócesis (la actual, Orihuela-Alicante, y antes San Sebastián y Palencia) se añade un incesante quehacer en medios de comunicación como Radio María y en redes sociales. Me limitaré, por tanto, a señalar dos detalles menos conocidos. En 2005, tras algunos años, la Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) volvió a organizar ejercicios espirituales en un lugar emblemático, el Santuario de Loyola. Los dirigió el entonces párroco de Zumárraga, o sea, él. ¡Todavía recuerdo las anécdotas que nos contaba don José Ignacio en sus meditaciones! Las podría reproducir hoy casi literalmente. Cuando monseñor Munilla habla, marca.

En segundo lugar, ignoro si el papa Francisco llamó a nuestro ponente durante la redacción de su última encíclica, *Dilexit nos*. Sospecho que sí, porque su propuesta —el corazón de Cristo, el amor de Cristo para nuestra vida— es la premisa sobre la que se asienta el lema de don José Ignacio y la raíz última de su ministerio: «En ti confío». Amar y confiar. Es precisamente esto —ayudarnos a amar a Cristo y a confiar en Él— lo que hace nuestro obispo, a quien le cedo entusiasmado la palabra.

Don José Ignacio Munilla

Tengo que confesaros algo. Mientras hablaba Francisco, he reparado en un descuido embarazoso. He olvidado en el AVE mis notas para esta intervención. El Señor es así. Me he dicho «no será verdad; no puede ser cierto». Pues así es. Las he dejado en el tren y me he dado cuenta ahora, rebuscando en mi mochila. Gracias a Dios, tengo en el ordenador un breve esquema del que me servirá. (¡Menos mal que no me he dejado el ordenador! Si uno lo pierde, tiene que *resetear* su vida).

Voy a centrar mi reflexión en el lema de este vigésimo sexto Congreso de Católicos y Vida Pública: *Quo vadis? Pensar y actuar en tiempos de incertidumbre*. Sin lugar a duda, la expresión *quo vadis* se utiliza en el momento actual como recurso lingüístico para subrayar la desorientación de nuestra cultura. Hemos perdido el *oremus*, como se dice popularmente; o sea, que vamos como pollos sin cabeza. Esto es —está claro— lo que se quiere expresar con el lema elegido si atendemos al manifiesto que lo explica: «Existe un sentimiento desmoralización que es la consecuencia de una cierta impotencia ante el avance y la imposición sistemática de una nueva sociedad, de un desorden social, que nunca ha sido ni explicado ni votado, sino que, por el contrario, ha sido silenciado».

La expresión, que nos permite preguntarnos qué pensar y cómo actuar en estos tiempos

de incertidumbre, tiene un sentido original que, según creo, puede iluminar nuestra reflexión. Según cuenta el evangelio apócrifo de los Hechos de Pedro, el apóstol, en plena persecución contra los cristianos en Roma, decide abandonar la ciudad. En su camino se cruza con Cristo, que caminaba en sentido contrario, hacia Roma, cargando la cruz. Pedro, perplejo, le pregunta: «*Quo vadis, Domine?*» («¿adónde vas, Señor?»). Y Él responde: «*Roman vado, iterum crucifigi*» («voy hacia Roma para ser crucificado de nuevo»). Pedro, desconcertado, decide regresar a Roma. La aparición de Jesús le desvela la verdad sobre sí mismo; desenmascara su cobardía: estaba huyendo y se avergüenza. Vuelve a su ministerio para ser martirizado. He aquí el sentido original de la expresión *quo vadis*. Es una advertencia contra la tentación de huir de la cruz.

Esta es la idea sobre la que quiero asentar mi reflexión. Nos han convocado aquí para reflexionar sobre la crisis imperante. La clave está en que, en estos tiempos de incertidumbre cultural, antropológica, política, eclesial, espiritual en la que estamos inmersos, descubramos la sabiduría de la cruz de Cristo. Mi tesis es que rehuimos la cruz y que deberíamos hacer como Pedro: regresar para abrazarla con todas las consecuencias. No alberguemos la vana esperanza de que bastan la denuncia y la alternancia política. La crisis es tan profunda, tan radical, que nos exige un cambio de cosmovisión: de enemigos de la cruz a pueblo de la cruz. Nos obliga a una nueva conversión. «Si no os convertís, todos pereceréis», dice Jesús en el Evangelio, en una de esas frases poco simpáticas que hoy acostumbramos a silenciar.

Una característica de esta crisis es que el pensamiento mundano se ha infiltrado en todos, tirios y troyanos, en el que habla, claro, en los que estáis escuchando, también. Para afrontar la situación, se requiere, por tanto, no una mera denuncia, no una mera alternancia política. Se requiere un movimiento de conversos deseosos de seguir al Jesús crucificado. Como nos demuestra la historia de la Iglesia, sólo una renovación de santidad puede clausurar la crisis. Por lo que insisto: el mal principal de nuestro tiempo es que nos hemos enemistado con la cruz. Todo lo demás se da por añadidura, como consecuencia. Trataré de demostrarlo en los próximos minutos.

En Filipenses 3, 18-19 leemos: «Porque muchos viven, según os dije tantas veces –y ahora os lo repito con lágrimas–, como enemigos de la cruz de Cristo, cuyo final es la perdición. Para éstos, su Dios es el vientre; su gloria, lo vergonzoso; y su apetencia, lo terreno. Pero nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo». Me dispongo a desgranar, como en un decálogo, una serie de realidades prácticas, concretísimas, para probar que el problema de fondo radica en nuestra enemistad con la cruz.

El primer ejemplo concreto es el materialismo capitalista: creo que el consumismo, que intenta llenar el vacío interior del hombre, es enemigo de la cruz. En el corazón del hombre se abre un vacío tan grande, unas ansias de infinito tan acuciantes, que sólo puede saciarlas Dios. Sabemos que el consumismo no nos da la felicidad, pero al menos anestesia el deseo por unos instantes. El paquete de Amazon como analgésico, el pedido de Glovo como narcótico. En la secuencia de Pentecostés, que deberíamos memorizar y recordar, se dice: «Mira el vacío del hombre si Tú le faltas por dentro, mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento». El materialismo capitalista, el consumismo, es

enemigo de la cruz. Le exime a uno de la incómoda tarea de sondear su vacío interior y le brinda sucedáneos para aliviar la angustia.

En segundo lugar, querría mencionar una peculiar forma de ocio: el alcohol, las drogas, el sexo... La búsqueda, en definitiva, de un placer desligado de la felicidad. La contradicción con la cruz es evidente. Aunque él lo ignore, quien bebe, quien se droga, quien traspasa la puerta de un prostíbulo está buscando a Dios, como decía Chesterton. Su problema es que se ha enemistado con la cruz. Se ha internado en un callejón sin salida, en un laberinto de compensaciones que nunca le darán la plenitud que ansía. Busca en vano. Para encontrar a Dios hay que seguir la cruz, donde Él reina glorioso.

En tercer lugar, el socialismo, como todos los movimientos reivindicativos, es enemigo de la cruz. Se funda, a mi juicio, en el olvido del pecado, que corrompe al hombre y sus supuestos ideales de justicia. Sus principios son la tumba de los pueblos; su ideología, una apelación a la irresponsabilidad y a la molicie. Se trata de esperar a que «papá Estado» solucione todos nuestros problemas.

En cuarto lugar, la ideología de género, el lobby LGTB, etc. Esta nueva antropología que proponen los poderosos es enemiga de la cruz, pues eleva el deseo a la categoría de ley, de norma suprema. Su pecado consiste en entronizar la herida. Subvierte el orden natural consagrando las heridas como derechos, transfigurándolas en pulmones. Pero las heridas no son ni derechos ni pulmones; no respiramos por ellas. Rehuyendo la cruz, nos precipitamos en un pozo de autodestrucción.

En quinto lugar —¡aquí no se libra nadie!—, la secularización de la misma Iglesia. Nuestra enemistad con la cruz se concreta en una bendición de los valores del mundo. Nos seduce la tentación camaleónica. Nos mimetizamos con el paisaje dominante, evitamos todo cuanto suena confrontador. En nombre del espíritu evangélico (¡qué Evangelio habrán leído!), hemos degradado el cristianismo a una asimilación. Olvidamos así que Cristo no fue un conciliador de pluralismos, sino la Verdad, y que se opuso a fariseos, escribas, saduceos... «¡Ay, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!». Estas palabras de Jesús acusan al cristianismo socialmente aplaudido, al cristianismo secular, que es enemigo de la cruz. «Si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará?».

En sexto lugar, los principios pedagógicos de nuestro tiempo, impuestos en los planes educativos, son enemigos de la cruz. Se han desdeñado el sacrificio, se ha repudiado el esfuerzo, se ha descartado el dominio de sí. A los pocos años de ordenarme sacerdote, se estrenó *El club de los poetas muertos*. La película me indignó. Era un canto a la impulsividad, a la espontaneidad, una síntesis de los principios pedagógicos a los que me refiero. «Como se aplique esta película —pensé—, va a haber una catástrofe educativa». Cada vez que visito un colegio, de hecho, formulo siempre una pregunta: «¿Quién me dice la diferencia entre *quiero* y *me apetece*?». Suele ser reveladora: los alumnos apenas logran distinguirlos.

En séptimo lugar, la vivencia de la mayoría de las relaciones afectivas. Prospera la aversión al compromiso, el miedo a la aventura. Olvidamos que el amor se escribe con tinta roja, que la palabra «caridad» está teñida de la sangre de Cristo en la cruz. Las relaciones afectivas contemporáneas, que pretenden evitar el sufrimiento, terminan

multiplicándolo.

En octavo lugar, mencionaré el paradigma digital. Recuerdo ahora al padre Mendizábal, que dijo en cierta ocasión una frase que yo repito a menudo. Él, por supuesto, no era un hombre de gran cultura digital, pero sí de gran sabiduría: «Las nuevas tecnologías son un buen siervo, pero un malísimo señor». Utilizamos las nuevas tecnologías como niñeras de compañía, como encubridoras de nuestro vacío interior, como burbujas para evadirnos de la realidad. Nada más distinto a la cruz.

En noveno lugar, la nueva era, que nos propone una felicidad divorciada de la santidad. Se sustituye a Dios por la ataraxia, a Dios por la felicidad. Pero este reemplazo sólo engendra frustración. Sin la causa, que es Dios, no hay efecto, que es la felicidad, como tampoco hay gloria sin la cruz.

En décimo lugar, nuestra visión de la agonía. Convencidos de la incompatibilidad del sufrimiento con la dignidad humana, hemos terminado reivindicando el derecho al suicidio. Reacios a la tribulación, nos hemos proclamado soberanos de la vida y de la muerte.

Si alguno piensa que esta gran crisis puede resolverse con una mera crítica, apenas con alternancia política, debe perder toda esperanza. La crisis ha alcanzado nuestro tuétano, ha penetrado en nuestra alma. Los grandes males —lo recuerda el refrán— exigen grandes remedios. Si el gran mal de nuestro tiempo es el rechazo de la cruz, el único remedio posible es su adoración. Amar la cruz por amor a Jesús. Debemos ser alumnos de la escuela de la cruz. La fe cristiana nos abre a la revelación para que acojamos la sabiduría de la cruz, para que la abracemos decididamente, y comprobemos luego que empapa todas las dimensiones de la vida. Recuerden, por ejemplo, aquella reacción carnal, furiosamente humana, de Pedro cuando Jesús le anuncia la cruz: «Eso no te va a suceder a ti; a ti no te sucederá eso». Impresiona la corrección de Jesús: «Apártate de mí, Satanás». Jesús educó a los suyos en la escuela de la cruz. Este mundo sufre muchísimo porque no quiere sufrir, porque se resiste a abrazar la cruz de Cristo. Hay una saetilla carmelitana que reza: «Lleva la cruz abrazada y apenas la sentirás, porque la cruz arrastrada es la cruz que pesa más». La cuestión no es si sufrir o no sufrir. ¡Todos sufrimos! La clave es si sufrimos con sentido o sufrimos sin sentido; es ahí donde se alza la frontera determinante de la vida. San Josemaría también afirma: «Cuando de verdad ames la cruz, tu cruz será una cruz sin cruz». La conversión del cristiano es una conversión a la sabiduría de la cruz. Dios se ha abajado a padecer el mal para vencerlo desde dentro. En una inaudita inversión lógica, Él ha trocado el mal en remedio del mal, el sufrimiento en gloria de los sufridores. En la cruz se revela el amor divino. En uno de sus libros, san Juan Pablo II dice que, sin la agonía de la cruz, la verdad de que Dios es amor aún requeriría demostración. La cruz es la cátedra del amor; Jesús nos enseña a amar clavado al madero.

A veces, por desgracia, optamos por una espiritualidad pascual, indiferente a la pasión. Pero ¿cómo soslayar el misterio de la pasión y la muerte de Cristo? Sería soslayar el Evangelio mismo: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, allí queda, él solo; pero si muere, da mucho fruto», «quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su

vida por mí la encontrará», «el siervo no es más que su señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros». Sin duda alguna, el corazón del relato de los Evangelios es la pasión de Cristo, narrada con mucho detalle, al contrario que el resto de los episodios.

El cristiano converso es especialmente sensible a la verdad de que la gloria exige la cruz. Desconfía de los caminos triunfalistas, de los mesianismos políticos y culturales que no consideran la cruz de Cristo. También de los que ubican el problema en el mal ajeno y se desprecupan de la conversión de cada uno. Cuando asumamos nuestra condición de alumnos de la cruz de Cristo, nos daremos cuenta de que el dilema entre cruz y felicidad es falso. La cruz es condición de la felicidad. La cruz nos lleva a la gloria y la gloria es, precisamente, la felicidad plena.

El manifiesto de esta vigésimo sexta edición del Congreso de Católicos y Vida Pública concluye apelando a la transfiguración del catolicismo social en una minoría creativa capaz de revertir la tendencia de esta crisis. Lo celebro. Pero sólo definiendo el mal podremos determinar el remedio. Durante mi intervención, he querido subrayar que el mal es nuestra enemistad con la cruz de Cristo y que el remedio es abrazarla. El reino de Dios abraza, pero desde la cruz. Chesterton, un hombre sabio, lo sabía: (Comprobar cita).

Regreso ahora al inicio: Pedro huye de Roma y, perplejo, se topa con Jesús, que camina en dirección contraria con la cruz auestas. Le pregunta «*quo vadis, Domine?*» y Él responde «*roman vado iterum crucifigi*» («vuelvo a Roma para ser crucificado de nuevo»). Imposible obviar la semejanza con la conversación evangélica: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! Eso no puede pasarte», dice Pedro. «Ponte detrás de mí, Satanás. Eres para mí piedra de tropiezo, porque tú piensas como los hombres, no como Dios». No debe sorprendernos, por tanto, que Pedro volviese a Roma y abrazase —literalmente— su cruz. La Iglesia replicó a la decadencia de Roma entregándose al martirio. De idéntico modo, nosotros habremos de replicar a la decadencia de Occidente predicando el evangelio de la cruz. «Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros». Hemos de asumirlo. Muchas veces ignoramos la cruz de Cristo porque deseamos rehuir la persecución. Pero es un deseo estéril. Roma no paga a traidores.

La cruz es gloriosa a condición de que la abracemos. De no hacerlo, la viviremos en cambio como opresiva, atenazadora. Amando nuestra cruz podemos llegar a percibirla como rebosante de gloria. Solamente a la luz de la pasión podemos discernir tantísimas cosas cuyo discernimiento no podemos posponer. El Evangelio ilumina nuestra época y la tarea que esta demanda de nosotros. Sólo con una mirada purificada por la Buena Noticia, sólo en un estado permanente de conversión, sólo negándonos todos los días a nosotros mismos, podemos los católicos participar fecundamente de la vida pública. De no hacerlo, sucumbiremos a la mundanidad, que acartonará nuestro ímpetu.

Quizá constatéis ahora, queridos hermanos, que mi discurso ha sido apenas una repetición enfática: *quo vadis?* Es un lema tan hermoso como significativo. Nos conmina a volver a lo esencial, a lo sustancial, a nuestra condición de discípulos de Cristo. Los que aprendimos el catecismo de verdad, con preguntas y respuestas, lo tenemos claro. «¿Eres cristiano?». «Soy cristiano por la gracia de Dios». «¿Qué quiere decir “cristiano”?».

«Quiere decir discípulo de Cristo». «¿Cuál es la señal del cristiano?». «La señal del cristiano es la santa cruz». Creo que nuestra época, como todas, demanda un regreso al origen. Deseo de corazón que este congreso —cómo no agradecer especialmente vuestro esfuerzo, tras 26 años— dé fruto abundante y propicie, en esta hora grave de la historia, iniciativas de renovación y de conversión interior.

DIÁLOGO

Francisco J. Serrano: Muchas gracias, don José Ignacio. Me piden que haga dos preguntas. Formulo la primera: ¿cómo hacer atractiva la cruz? ¿Con qué lenguajes, con qué formas? ¿Cómo aprovechar el potencial atractivo de la cruz?

Don José Ignacio Munilla: Creo que el género testimonial es importante. Cuando alguien que ha arrostrado una gran crisis da testimonio, el amor a la cruz resplandece. Esta semana he visitado a los chicos del cenáculo. Después de haber consagrado parte de su tiempo a huir de la cruz, la han abrazado. Lo mismo tenemos que hacer todos. Cuando amamos la cruz, deviene ligera. Jesús dice: «Venid a mí todos los que estéis fatigados y sobrecargados (...) porque mi yugo es suave y mi carga es ligera». No niega la palabra «yugo». Podría haber negado que lo suyo sea yugo; podría haberlo llamado «plumita». Pero no. Dice «yugo». Jesús no pretende edulcorar las dificultades, sino conferirles un sentido. Cuando abrazamos la cruz, reparamos en su naturaleza liberadora. Quien tiene un problema con la bebida, quien supone que sin ella no puede afrontar la existencia, puede abrazar su cruz y dejar de beber: todo se antojará entonces más llevadero que antes. Es una ley que rige todo. Creo que la experiencia, los ejemplos pedestres que se nos puedan ocurrir, es muy fecunda. El Maligno, que desea nuestro mal, pretende engañarnos: «no vas a poder», «no vas a ser capaz», «desengáñate». Son los *logismoi* de los que hablaron los padres de la Iglesia: pensamientos obsesivos, desesperanzadores, que el demonio quiere inocular en nuestra alma. Pero la respuesta está en los mismos padres de la Iglesia: «Yo no soy nada, pero todo lo puedo en Aquel que me reconforta. Dios me dará su gracia». Ellos hablan del método antitético: si el demonio me recuerda mi insuficiencia, yo he de recordarle a él la suficiencia de la Palabra. Hay que aceptar el combate, abrazar la cruz. Por eso el testimonio es tan importante, tan iluminador. Cuando uno va a un cenáculo, sale de allí con el ánimo revitalizado.

Francisco J. Serrano: Don José Ignacio, una cosa es recordar la cruz, reconciliarnos con ella, y otra cosa es adoptar la mentalidad del cruzado. ¿Es esta última deseable hoy?

Don José Ignacio Munilla: Supongo que habrá que definir esa *mentalidad de cruzado*. Es una palabra que suele tener una connotación negativa. Quizá sea así porque está contaminada por un relato, por una leyenda negra. No deberíamos creernos un cruzado que camina sólo por el mundo. No somos autosuficientes. Dios desea que compartamos en comunión nuestro deseo de comunión. Hoy vemos con claridad que Él nos da su gracia a través de mediaciones. Entre todos somos uno, el Cuerpo Místico de Cristo. Hay a nuestro alrededor ejemplos de santidad que nos inspiran. No somos cruzados que empuñan la espada y vencen por su sola fuerza al mundo. Somos, al contrario, cruzados que, gozosamente conocedores de su debilidad, se saben dependientes de los demás y de

la gracia de Cristo. Somos al tiempo aprendices y maestros, discípulos y apóstoles. La humildad es el único antídoto contra la insuficiencia.

Francisco J. Serrano: ¿No cree que la cruz se predica ahora poco en la Iglesia?

Don José Ignacio Munilla: Creo que sí. Prolifera, de hecho, una predicación secularizada del cristianismo que presenta el Evangelio como un conjunto de enseñanzas sapienciales. Y, aunque en efecto las contenga, esta interpretación traiciona su espíritu. El núcleo del Evangelio no es una doctrina moral, sino la redención: Dios se ha encarnado y ha entregado su vida para redimirnos, para liberarnos de una esclavitud opresiva. La esencia del Evangelio es la encarnación, la muerte, la resurrección de Cristo y el envío del Espíritu Santo. Jesús no era un hombre sabio, sino la Sabiduría. No predicaba verdades; Él mismo es la verdad. El cristianismo no es un moralismo, sino una fe.